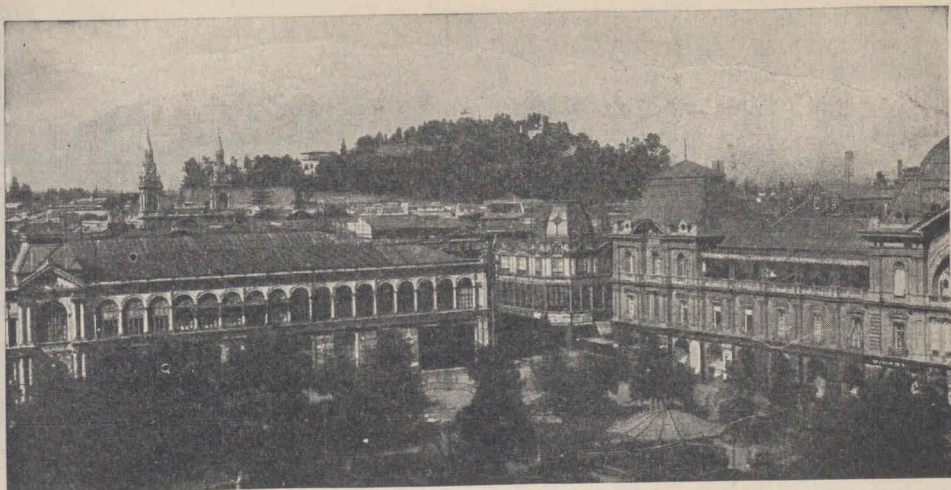


El Libro de la América Latina



HISTORIA DE CHILE

II

¿QUIÉN no ha leído la maravillosa historia de aquel gran Napoleón, emperador de los franceses, que a principios del siglo XIX, esto es, hace poco más de cien años, llegó a someter bajo su dominio a casi toda Europa?

Napoleón era aliado del rey de España, pero su ambición llegó hasta traicionar a su amigo para apoderarse de sus estados.

Era entonces rey de España don Carlos IV, príncipe bueno, pero indolente, débil y de pocas aptitudes. Como muchos de sus antecesores, había entregado por completo el poder a un favorito, don Manuel Godoy, hombre oscuro e intrigante, que los españoles detestaban. Las esperanzas de la nación se habían concentrado en el príncipe Fernando, hijo mayor del rey y heredero del trono, al cual se le suponía adornado de todas las virtudes.

En circunstancias de que uno de los ejércitos de Napoleón atravesaba la España, para ir a someter el Portugal, un motín popular trajo como consecuencia la caída del favorito Godoy. Napoleón entonces se presentó como mediador entre el rey Carlos IV y el príncipe Fernando, y después, valiéndose de una intriga, hizo a entrambos

prisioneros y les obligó a abdicar el trono en favor de José Bonaparte, hermano del emperador francés.

La España entera se sublevó a la noticia de estos acontecimientos. Las provincias se negaron a reconocer al usurpador extranjero, y las guarniciones francesas fueron atacadas por las turbas. Se improvisaron ejércitos, formados de artesanos y campesinos, para combatir en nombre de Fernando VII, y en cada rincón de España se organizaron Juntas para gobernar al país durante la cautividad del monarca legítimo.

Pero el poder de Napoleón era tan grande, que todo aquel aparato de resistencia parecía inútil. Los ejércitos franceses fueron ocupando poco a poco todo el reino, y por último la causa nacional se vió reducida únicamente a la ciudad de Cádiz, donde se había refugiado el nombrado Consejo de Regencia, que pretendía mantener los derechos de Fernando VII, a nombre de las Juntas antes organizadas en las provincias.

Estos acontecimientos tuvieron gran resonancia en Chile y en toda la América española. Es cierto que todos los habitantes estaban de acuerdo en reconocer a Fernando VII como rey, y al intruso

El Libro de la América Latina

José Bonaparte como un usurpador, pero no había la misma conformidad de pareceres sobre lo que debía hacerse.

Hemos dicho ya que los chilenos de aquella época creían, como en un dogma de fe, que estaban obligados a obedecer al rey de España. Ahora el rey estaba prisionero y en su lugar se levantaba un usurpador que ni los mismos españoles reconocían como su soberano, y al que no podían prestar obediencia. ¿A quién, pues, iban a obedecer? ¿De quién serían súbditos en adelante?

Los españoles residentes en Chile afirmaban que el soberano legítimo, mientras durase la cautividad del rey, era el Consejo de Regencia de Cádiz, que no dominaba sino una pequeña parte del propio territorio español, y cuya autoridad no venía de Dios como la del rey, sino de los pueblos sublevados de la Península.

Los chilenos, por su parte, pretendían que ellos tenían igual derecho que los españoles de Europa para establecer una Junta que los gobernase, mientras el rey Fernando estuviera prisionero.

«Somos súbditos de nuestro rey legítimo, decían, y no de cualquier gobierno que se levante en España».

Como se ve, las mismas ideas que hasta entonces habían mantenido a los americanos en la obediencia, se volvían ahora contra la dominación española.

El negocio era tanto más grave, cuanto ni los chilenos, ni aun los españoles, creían que Fernando VII volvería a reinar. Napoleón aparecía invencible y dueño de la Europa entera. Si los países de América llegaban a constituir gobiernos nacionales mientras permaneciera aquel estado de cosas, era de temer que el nuevo régimen se prolongara indefinidamente y el Nuevo Mundo se perdiera para la España.

La discusión de este problema vino a perturbar la tranquilidad patriarcal en que vegetaban así Chile como las demás colonias españolas. Los criollos acusaban a los peninsulares y al Presidente de querer entregar el país al usurpador francés, a trueque de mantenerlo unido a España.

LOS ALBORES DE LA REVOLUCIÓN SEPARATISTA

Era entonces Presidente de Chile don Francisco Antonio García Carrasco, viejo militar, tosco, grosero e ignorante, muy mal quisto por la buena sociedad de Santiago.

Carrasco, como los demás españoles residentes en Chile, consideraba que el pensamiento de formar aquí una Junta, a imitación de las de España, era un acto sedicioso.

Pero como la agitación pública era cada vez mayor, quiso ponerle término por medio del terror, y a este efecto mandó reducir a prisión a tres de los vecinos más importantes de la capital, que fueron conducidos a Valparaíso con la mira de desterrarlos al Perú.

Al tenerse conocimiento de este atropello, la indignación fué inmensa en todo Santiago, y el Presidente, temeroso de que estallara una revuelta, hubo de ordenar el regreso de los prisioneros. Por desgracia para el atolondrado gobernante, cuando esta última orden llegó a Valparaíso, había ya partido el buque que conducía al Perú a dos de los prisioneros. El otro se había quedado en tierra por causa de enfermedad.

Los habitantes de Santiago creyeron que el Presidente había querido burlarse de ellos, y la revuelta pareció todavía más inevitable que antes. Los mismos españoles tuvieron miedo, y la Real Audiencia, que, como hemos dicho antes, era el Tribunal Superior del Reino, pidió a Carrasco que renunciara al poder, como único medio de conservar el orden público.

Según las leyes españolas, a falta de Presidente correspondía este cargo al militar de mayor graduación con residencia en el Reino. Estaba en este caso el Conde de la Conquista, don Mateo Toro Zambrano, viejo comerciante, de más de ochenta años de edad, nacido en Chile y de familia chilena.

Por supuesto, ni el Conde de la Conquista, ni la mayoría de las personas que habían contribuido a la renuncia de Carrasco, pensaban hasta entonces ni en la independencia de Chile, ni en

Historia de Chile

desconocer la autoridad del rey de España. En nombre de éste iba a gobernar el anciano Conde, como lo había hecho su predecesor. Chilenos y españoles celebraron el acontecimiento como un triunfo; los primeros, porque iban a tener de Presidente a un compatriota, y los segundos, porque se deshacían de un gobernante cuyas torpezas podían dar al traste con el orden existente.

Pero los partidarios del establecimiento de una Junta no se dieron por satisfechos, y continuaron sus trabajos alrededor del nuevo Presidente, que, como chileno, era pariente o amigo de los principales de ellos.

Al cabo de muy pocos meses, el anciano Conde resolvió acceder a los deseos de los que lo rodeaban, y consintió en renunciar el poder en manos de una Junta, elegida por los principales vecinos de Santiago, la cual gobernaría el país a nombre del rey Fernando VII, mientras durase su cautividad.

El 18 de Septiembre de 1810 quedó instalada la Junta, presidida por el propio Conde de la Conquista.

Los chilenos celebran el aniversario de aquel día como su fiesta nacional, no porque entonces fuera declarada la independencia del país, sino porque en esa fecha se inauguró un gobierno que, aunque bajo la soberanía del rey de España, tuvo su origen en la voluntad de los chilenos, lo cual no había sucedido con ninguno de los gobiernos anteriores.

Los resultados del establecimiento de la Junta no tardaron en producirse. El más importante de estos resultados fué la libertad con que pudieron expresar sus opiniones los pocos hombres que profesaban en secreto ideas que hasta entonces no eran conocidas de la mayoría de los chilenos.

Según estas ideas, el gobierno no pertenecía al rey por voluntad divina, sino por consentimiento del pueblo, y este último tenía el derecho de dictar las leyes a que debían someterse los gobernantes.

En un principio, estas ideas, cuya verdad hoy reconoce todo el mundo (aun

los mismos reyes, en los países en que existe la monarquía), parecían herejías, pero poco a poco las gentes fueron acostumbrándose a ellas, con tanta mayor facilidad cuanto que hábiles escritores se encargaban de mostrar a los chilenos las injusticias y humillaciones a que estaban sometidos bajo el régimen del gobierno absoluto de los reyes de España.

EL PRIMER CONGRESO

Las noticias que se recibían de Europa eran cada vez peores, y la restauración en el trono de Fernando VII parecía más y más alejada e imposible. La Junta pensó entonces que convenía dar una forma más definitiva al gobierno del país, para lo cual fué convocado un Congreso nacional, es decir, una reunión de los representantes de todas las provincias de Chile, los cuales determinarían lo que debía hacerse.

El Congreso se reunió a mediados de 1811. Había en él diputados de tres partidos. El primero era el de los realistas, que no querían cambios de ninguna especie en la manera como el país había sido gobernado. El segundo partido, que era el más numeroso en el Congreso, lo componían todos aquellos que, sin desconocer la autoridad del rey, anhelaban algunas mejoras moderadas, como, por ejemplo, la igualdad de los españoles y de los chilenos para desempeñar cargos públicos, y la libertad de comerciar con todos los países del mundo. El tercer partido, que se llamó el de los exaltados, aunque no pedía tampoco la independencia con entera franqueza, deseaba reformas más radicales, y el establecimiento de un gobierno popular en el cual la soberanía del rey de España fuera sólo un nombre.

El Congreso, en su mayoría, no quería ir tan lejos, pero se apresuró a efectuar las reformas más indispensables, como la tan anhelada libertad de comercio. Además, suprimió la esclavitud de los negros, medida que no ocasionó gran resistencia, porque en Chile había muy pocos esclavos.

El Libro de la América Latina

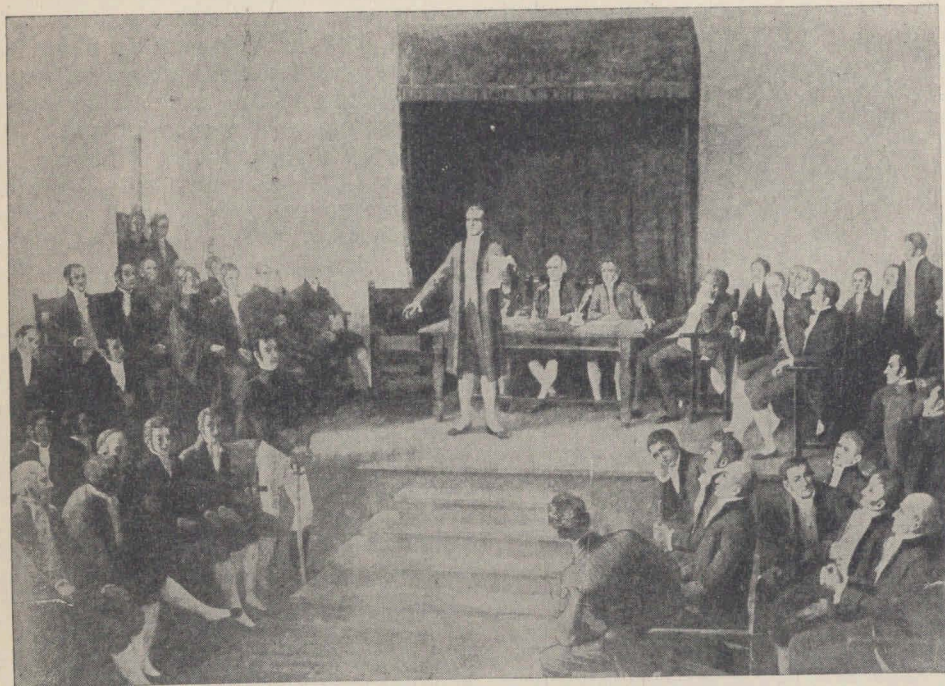
Pero esto satisfizo a los exaltados, que acusaban al Congreso de inclinarse cada vez más en favor de los realistas.

LABOR REVOLUCIONARIA DE JOSÉ MIGUEL CARRERA

Llegó por entonces a Santiago un joven militar chileno que había peleado en España contra los franceses, y que por su carácter, su talento y su posición social, estaba llamado a tener grande

independencia. Entonces comenzó a publicarse el primer periódico que hubo en Chile, *La Aurora*, redactado por un sacerdote de ideas republicanas, Camilo Henríquez.

Carrera se preocupó también de preparar al país para la guerra, temeroso, y con razón, de que los españoles que dominaban en el Perú quisieran poner término a la revolución.



El primer Congreso chileno se reunió a mediados de 1811. Nunca antes de entonces se habían congregado en asamblea los representantes de los pueblos de Chile.

influencia en su patria. Se llamaba ese joven ilustre don José Miguel Carrera.

Apenas llegado, Carrera sublevó a la guarnición de Santiago y logró reemplazar la Junta de Gobierno por otra en que dominaban los exaltados. Dos meses después, no satisfecho con la nueva Junta, hizo una segunda revolución, y esta vez conservó el poder en sus propias manos, aunque siempre fué una Junta, de la que él formaba parte, la que ejercía el gobierno.

Bajo la dirección de Carrera el movimiento revolucionario cobró nuevo vigor, y ya muchos hablaban francamente de

Entonces se dictó la primera Constitución de Chile.

En ella se reconocía nominalmente la soberanía del rey de España, pero el gobierno quedaba organizado bajo la forma republicana, es decir, que todos los poderes del Estado debían tener su origen únicamente en la voluntad del pueblo.

COMIENZO DE LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

Hasta el momento en que hemos llegado en esta relación, los patriotas chilenos no habían tenido que luchar sino contra las resistencias de sus com-

Historia de Chile

patriotas partidarios del antiguo orden de cosas, y con los españoles residentes en Chile. Ahora esto iba a cambiar.

El Perú, en aquella época, era una de las principales colonias de España, gobernada no por un Presidente, como Chile, sino por un funcionario de más alta categoría, con el título de virrey. Los habitantes del Perú, además, eran hasta entonces muy adictos al rey y no habían pensado en Juntas ni en reformas.

El virrey del Perú comenzó a alarmarse con los acontecimientos que se producían en Chile, y resolvió someter este país a la antigua obediencia. La actitud francamente revolucionaria del gobierno lo afirmó en esta resolución.

No podía el virrey disponer de muchos soldados para esta empresa, y se vió en la necesidad de enviar sólo una pequeña expedición al Sur de Chile, donde los habitantes simpatizaban con España. Allí se formaría el ejército que iba a reconquistar todo el país.

Por desgracia, los chilenos no se encontraban unidos ante el peligro que les amenazaba: Carrera tenía muchos enemigos, y, como hemos dicho, muchas personas deseaban que el país volviera a quedar sometido a España.

La expedición enviada por el virrey pudo desembarcar sin contratiempo en el extremo Sur, donde engrosó sus filas. Entonces comenzó la guerra entre los realistas y los patriotas. Estos últimos eran mandados por Carrera en persona. Entre sus oficiales se distinguía don Bernardo O'Higgins, hijo de uno de los más notables Presidentes de la época colonial, que había sido también virrey del Perú.

Las armas de los patriotas no fueron siempre felices en los muchos encuentros de aquella guerra, que duró varios meses. Los enemigos de Carrera se aprovecharon de sus derrotas para acusarlo de incapacidad como militar, y obtuvieron de las autoridades de Santiago que lo separaran del mando del ejército, el cual fué confiado a O'Higgins.

Para colmo de desgracia, el pobre

Carrera, después de haber sido destituido, cayó prisionero de los españoles, junto con dos hermanos suyos que le acompañaban, y que eran, como él, oficiales del ejército patriota.

Pero la suerte de la campaña no mejoró con el cambio de general, y ni los realistas ni los patriotas podían obtener ventajas decisivas. Los chilenos, acostumbrados a la tranquilidad de que habían gozado antes de la revolución, comenzaron a cansarse de la guerra y de los trastornos que sufrían, y a suspirar por la paz. Los mismos españoles participaban de este sentimiento.

Entonces realistas y patriotas llegaron a un acuerdo, según el cual Chile reconocía su dependencia del rey de España, y, en cambio, las tropas que obedecían al virrey del Perú se comprometían a abandonar el territorio chileno.

Los patriotas exaltados consideraron que este acuerdo equivalía a una derrota, porque con él se renunciaba a la idea de la independencia del país, que muchos de ellos acariciaban. Aprovechándose de este descontento, Carrera, que había logrado escapar del poder de los españoles, hizo una nueva revolución, se apoderó de Santiago y formó una Junta de Gobierno compuesta de partidarios suyos.

O'Higgins, por su parte, no se dió por vencido, y acudió a las armas para derribar a su adversario, pero fué derrotado en una batalla cerca de Santiago y tuvo que retirarse con los restos de su ejército, sin perder la esperanza de recuperar el poder.

Mientras los patriotas se despedazaban así entre ellos mismos, se supo en Chile que el virrey del Perú no había aprobado tampoco el acuerdo entre realistas y patriotas. Ante el peligro común, los patriotas olvidaron sus discordias y O'Higgins reconoció a Carrera como su jefe.

Era ya demasiado tarde. El ejército realista, mandado por el general español Osorio, marchó hacia Santiago y atacó a la vanguardia de los patriotas, que se había atrincherado, al mando de

El Libro de la América Latina

O'Higgins, en la plaza del pueblo de Rancagua, a pocas millas de la capital. El ejército chileno hizo allí prodigios de valor, pero, después de muchas horas de heroicos esfuerzos, O'Higgins comprendió que la resistencia era imposible. Entonces, a la cabeza de su caballería, logró romper las trincheras de los realistas, y se volvió a Santiago con los escasos restos de las tropas que pudo salvar del desastre.

La batalla de Rancagua puso término por el momento a la revolución de Chile. Los españoles ocuparon a Santiago, y los patriotas más comprometidos, junto con los pocos soldados que aun reconocían las banderas de la independencia, tuvieron que refugiarse al otro lado de los Andes, en la provincia argentina de Mendoza, mandada entonces por el general don José de San Martín, uno de los más ilustres campeones de la independencia de América.

PERSECUCIONES DURANTE LA RESTAURACIÓN DEL DOMINIO ESPAÑOL

Los chilenos no recibieron mal en un principio la restauración del gobierno español, porque todos habían sufrido mucho, en su persona o en sus bienes, con las guerras y las revoluciones de los últimos años. Por desgracia para ellos, los españoles no supieron aprovechar su victoria. No contentos con anular todas las mejoras y reformas operadas por los patriotas, pusieron un cruel empeño en perseguir sin compasión a todos cuantos habían tomado alguna parte en los últimos sucesos.

Entre los perseguidos, muchos, muchísimos, habían sido fieles partidarios del rey de España, y sólo habían ayudado a establecer la Junta en 1810, con el sincero propósito de conservar este país para el que ellos consideraban su legítimo soberano. Los españoles no hicieron distinción alguna entre éstos y los partidarios de la independencia: los persiguieron a todos por igual, y lograron con ello que la mayoría de los chilenos fueran poco a poco cambiando de opinión, convirtiéndose de amigos en enemigos de España.

Centenares de patriotas fueron re-

ducidos a prisión, y muchos de ellos desterrados a la solitaria isla de Juan Fernández, separándolos de su familia y comodidades. Además, el gobierno exigió fuertes contribuciones para pagar los gastos de la guerra, y dejó así a muchas familias importantes y opulentas reducidas a la miseria.

Insufribles fueron las vejaciones que la soldadesca española impuso a los desgraciados chilenos. Aun se conserva vivo en la memoria de los habitantes de Santiago el recuerdo del célebre capitán San Bruno, el más cruel de los perseguidores de los patriotas.

COLABORACIÓN DE ARGENTINOS Y CHILENOS EN LA CAUSA COMÚN

Los patriotas refugiados en la Argentina preparaban de nuevo la libertad de Chile. Los momentos eran difíciles para la Independencia Americana. Napoleón había sido vencido en Europa, y el rey Fernando VII repuesto en su trono, contra lo que antes se había esperado. En América, los gobiernos independientes habían caído uno tras otro, siendo reemplazados por gobiernos españoles. Sólo la Argentina escapó al desastre común.

Aunque fugitivos y derrotados, los patriotas chilenos no olvidaron sus discordias al otro lado de los Andes. O'Higgins y Carrera pretendían a la vez el mando. El general San Martín, que, como hemos dicho, era gobernador de Mendoza, se decidió por O'Higgins. Entonces Carrera se dirigió a los Estados Unidos, con el propósito de adquirir allí buques y armas, para venir en seguida al socorro de los patriotas.

O'Higgins y San Martín se hicieron íntimos amigos. Esa noble amistad iba a dar por resultado la independencia de toda la América del Sur. Se dedicaron ambos con empeño a formar un ejército de chilenos y argentinos, para atravesar con él la cordillera y dar libertad a Chile. No tenían mucho dinero, ni recursos, pero el patriotismo lo suplía todo en esos grandes hombres. Pronto estuvieron en relación los chilenos desterrados en Mendoza con los que aquí sufrían la tiranía española. Un

joven abogado, Manuel Rodríguez, prestó grandes servicios en esa época. Iba y venía a través de la cordillera, exponiéndose en cada momento a caer en manos de los españoles, que seguramente le habrían condenado a muerte. En Chile, Rodríguez procuraba levantar partidas de campesinos, para incomodar a las autoridades. Estas partidas no eran verdaderos ejércitos, sino lo que se llama *montoneras*, esto es, pequeños grupos de hombres armados, que, ocultos en las montañas y en los bosques, sólo combaten cuando pueden hacerlo con ventaja, y se retiran a sus escondites cuando se ven perseguidos por fuerzas superiores. El oficio de montonero es sumamente peligroso, porque, según las leyes de la guerra, son fusilados sin forma de juicio, cuando caen en poder de sus enemigos.

OPERACIONES MILITARES DE O'HIGGINS Y SAN MARTÍN—DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

La cordillera de los Andes puede ser atravesada por muchos puntos, que se denominan pasos. Todo el empeño de San Martín y de O'Higgins consistía en engañar a los españoles sobre el camino que tomarían con su ejército cuando invadieran a Chile. Así, los españoles se veían obligados a dividir sus tropas para defender, a la vez, todos los pasos de la cordillera.

Poco más de dos años había durado la nueva tiranía de los españoles cuando, en el verano de 1817, el ejército de O'Higgins y San Martín atravesó los Andes por el paso de Uspallata, donde actualmente existe el ferrocarril trasandino. El Presidente español de Chile, Marcó del Pont, que era un personaje tan fatuo y cruel como de escasos alcances, perdió entonces la cabeza. Manuel Rodríguez, con las evoluciones de sus montoneros, le había hecho creer que la expedición vendría por otro camino, mucho más al Sur. Así Marcó del Pont no pudo presentar desde luego en batalla, contra los patriotas, sino una parte de su ejército, la que fué completamente derrotada por los libertadores en la cuesta de Chacabuco, en el

camino entre Santiago y los Andes, el 12 de Febrero de 1817.

La batalla de Chacabuco dió por resultado la ocupación de Santiago y Valparaíso por los patriotas. Terminó así la tiranía española, pero no la guerra, porque los realistas se retiraron al Sur, donde esperaban recibir los refuerzos que enviara el virrey del Perú.

Los patriotas ocuparon, sin embargo, casi todo el país, sin encontrar resistencia, y pusieron sitio a Talcahuano, plaza fuerte que era el puerto militar más importante del Sur, por donde los realistas esperaban recibir sus refuerzos. Por desgracia, estos refuerzos llegaron antes de que los patriotas tomaran la plaza. Hubieron, pues, de levantar el sitio y retirarse al Norte.

Mientras proseguía así la guerra con variadas alternativas, los patriotas declararon solemnemente la independencia de Chile. Este acto tuvo lugar en Concepción, el 12 de Febrero de 1818, esto es, en el primer aniversario de la batalla de Chacabuco.

Pero, como hemos dicho, un nuevo ejército realista había desembarcado en Talcahuano, y los patriotas se habían visto obligados a retirarse hacia el Norte, donde se aprestaron para defender su independencia recién declarada. Después de una sorpresa, desastrosa para los patriotas, en Cancha Rayada, los realistas llegaron hasta las puertas de la capital. Muchos creían que iba a repetirse la triste historia de la reconquista de Chile por los españoles, como después de la batalla de Rancagua, pero no fué así: el ejército realista fué completamente derrotado en los llanos de Maipo, a pocas leguas al Sur de Santiago, el 5 de Abril de 1818.

Esta vez la victoria fué definitiva. O'Higgins y San Martín, al abrazarse después de la batalla, pudieron felicitarse recíprocamente por haber dado libertad a Chile. El ejército español estaba aniquilado, y los realistas sólo quedaron dueños de las provincias de Valdivia y Chiloé, en el extremo Sur del territorio, más allá de la Araucanía independiente.

El Libro de la América Latina

O'HIGGINS, DIRECTOR SUPREMO—ASELINATO DE MANUEL RODRÍGUEZ—ACTIVIDAD SEDICIOSA DE LOS HERMANOS CARRERA

¿Qué gobierno iban a dar los chilenos a su patria después de haberla hecho independiente? O'Higgins, San Martín y muchos otros hombres importantes, pensaban que Chile debía ser una monarquía, porque no creían que el país fuera bastante ilustrado para poder dirigirse por sí solo; pero como no teníamos un rey, quedó resuelto que O'Higgins gobernara al país, con el nombre de Director Supremo y con todas las facultades de un verdadero soberano absoluto.

Grandes peligros amenazaban al nuevo gobierno. O'Higgins tenía muchos enemigos, no sólo entre los realistas, sino entre los patriotas partidarios de Carrera, y entre los que querían el establecimiento de una república, en la que el pueblo mismo mandara, por medio de sus representantes.

Manuel Rodríguez, el valiente guerrillero, se contaba entre estos últimos. O'Higgins lo hizo reducir a prisión y lo envió custodiado por tropas a Quillota. En el camino, Rodríguez fué asesinado por sus guardias, lo que causó gran indignación en el país. Se acusaba a O'Higgins de aquel asesinato, y quizás con razón.

Entre tanto, Carrera había llegado a Montevideo, poco antes de la batalla de Maipo, con los buques y armas que comprara en los Estados Unidos. Lleno de odio hacia O'Higgins y San Martín, deseaba venir a Chile para hacer una revolución contra ellos. Sus dos hermanos, Juan José y Luis, se le habían adelantado, y, ocultos bajo disfraces, se dirigían desde Buenos Aires a Mendoza, para pasar la cordillera y preparar la revolución. Pero las autoridades de Mendoza les descubrieron y fusilaron, pocos días después de la batalla de Maipo.

Al saber Carrera esta noticia, se llenó de furor y juró vengar a sus hermanos. Para conseguirlo se dirigió a las pampas, y allí levantó partidas de montoneros, auxiliado por los indios

salvajes. Durante mucho tiempo, el desgraciado Carrera llenó de espanto con sus correrías a las autoridades argentinas, pero al fin fué derrotado, preso, y fusilado también, el 4 de Septiembre de 1821.

LA EXPEDICIÓN LIBERTADORA DEL PERÚ—CAÍDA DE O'HIGGINS

Por esa época, los gobiernos de Chile y Argentina no sólo tenían que defenderse de los Carrera, sino también de los españoles, que, dueños como eran todavía del Perú, podían poner de nuevo en peligro la independencia de estos países. O'Higgins y San Martín concibieron entonces la atrevida empresa de organizar una expedición que fuera a libertar al Perú y hacerlo también independiente. A este efecto compraron buques y formaron una escuadra, que fué mandada primero por el almirante chileno Blanco Encalada, y en seguida por un noble y célebre marino inglés, Lord Cochrane, que se había distinguido en Europa, en las guerras contra Napoleón.

Esta primera escuadra chilena realizó infinitas proezas; se apoderó de varios buques españoles, y se hizo así más poderosa. En seguida Lord Cochrane atacó por mar a Valdivia, plaza fuerte del Sur, que se encontraba todavía en poder de los realistas, y se hizo dueño de ella.

Entonces estaba ya preparada la expedición al Perú, que zarpó de Valparaíso el 20 de Agosto de 1820, llevando un ejército considerable para aquel tiempo. Los patriotas iban a atacar ahora a los españoles en el mismo centro de su poder, y, después de algunos años de lucha y con el auxilio de los colombianos, lograron concluir con el último vestigio del poder de la España en la América del Sur.

Pero antes de que el Perú hubiera sido hecho independiente, el gobierno de O'Higgins había sido derribado en Chile. O'Higgins no era republicano, y temía la intervención del pueblo en el gobierno. Así, dirigía al país como un rey, y esto descontentó a muchos, que querían una verdadera república.

DOS BATALLAS IMPORTANTES EN LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA: CHACABUCO Y MAIPO



En la batalla de Chacabuco los partidarios de la Independencia derrotaron al ejército español. El resultado de esta batalla fué la ocupación de la capital de Chile por los patriotas y la fuga del último Presidente español, Marcó del Pont.



La independencia de Chile quedó definitivamente sellada en la batalla de Maipo, el 5 de Abril de 1818.

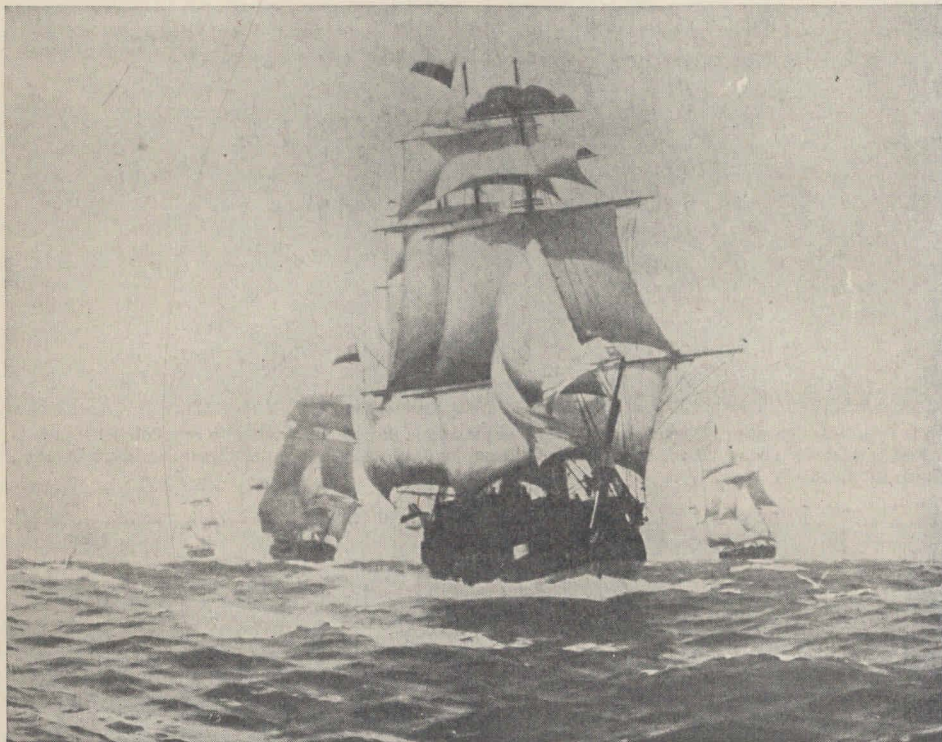
El Libro de la América Latina

Aprovechándose de este decontento, don Ramón Freire, general que mandaba las tropas del Sur, se sublevó contra O'Higgins, y marchó hacia Santiago con su ejército.

O'Higgins habría quizás podido resistir, pero no quiso que se derramara la sangre de los chilenos en su defensa: abdicó el poder en manos de una junta

y a las autoridades que éste nombraba. Así es que no supieron hacer buen uso de su libertad.

En realidad, los que mandaron después del destierro de O'Higgins fueron los militares. Cada general se creía con derecho para sublevarse, echar abajo al Presidente y colocar a otro en su lugar. Las provincias no querían obedecer



LA PRIMERA ESCUADRA CHILENA

Después de haber hecho independiente a su país, los patriotas chilenos pensaron en dar libertad al Perú. Al efecto armaron una escuadra, que fué mandada por el almirante inglés Lord Cochrane.

de personas respetables de Santiago, y se desterró voluntariamente al Perú, donde murió, pobre y casi olvidado, veinte años después.

La caída de O'Higgins fué para Chile el principio de una época de revoluciones y de desgracias. En realidad, el país no estaba todavía preparado para organizarse en una república verdadera, gobernada por la opinión de la mayoría del pueblo, porque los chilenos, durante tres siglos, sólo se habían acostumbrado a obedecer ciegamente al rey de España

cer a Santiago, y se gobernaban a veces como países independientes, queriendo imitar con eso a los Estados Unidos, donde cada provincia es un estado en cierto modo libre. Pero este sistema no podía funcionar bien en Chile, porque en nuestras provincias las gentes eran demasiado ignorantes, y sin experiencia para proceder con orden y cordura.

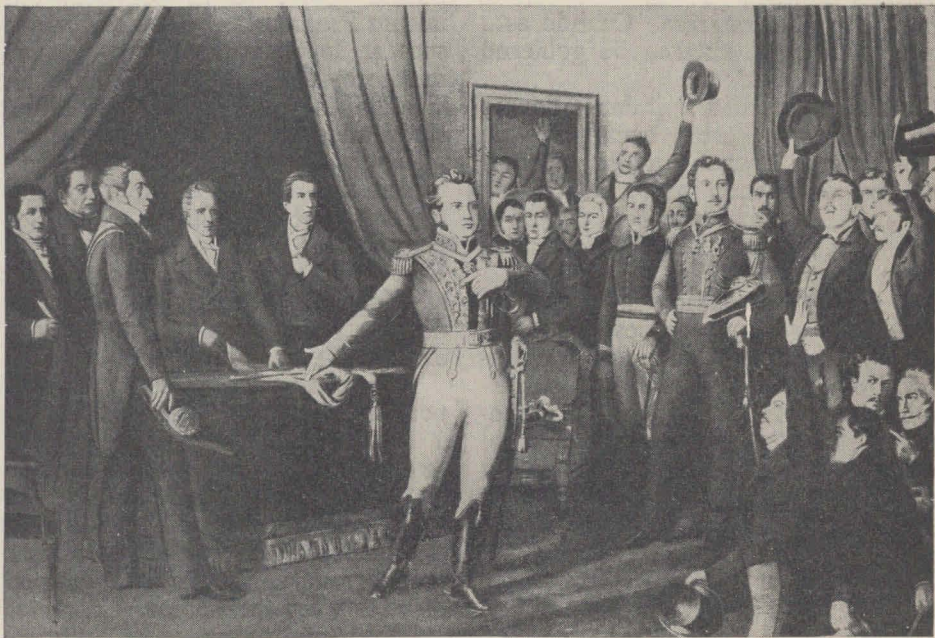
«PELUCONES» Y «PIPIOLOS»

Tantas revoluciones fatigaron a los chilenos, y muchos estaban ya arrepentidos

tidos de haberse hecho independientes. Las personas más ricas y de mejor situación, deseaban que se organizara un gobierno como el de la época española, en que el Presidente tuviera un poder parecido al de los reyes, a fin de que se evitaran las revoluciones, y los chilenos pudieran dedicarse en paz a sus negocios y a hacer progresar el país. Los que así pensaban, tuvieron por nombre

decidió a tomar parte en la política a fin de ayudar a la organización definitiva del país.

Portales se hizo, pues, revolucionario, para poner término a las revoluciones, y logró su objeto. Hizo caer del poder en Santiago al último Presidente pipiolo, mientras el general don Joaquín Prieto sublevó en favor de los pelucones el ejército del Sur. La batalla de Lircay,



El libertador de Chile, don Bernardo O'Higgins, gobernó a Chile por seis años, después de declarada la Independencia. Amenazado por una revolución, prefirió dimitir el mando, antes que se derramara la sangre de los chilenos en una guerra civil.

pelucones, porque los jefes de ese partido, siendo muy ricos, tenían muchas *peluconas*, que así se llamaban entonces las onzas de oro.

A los partidarios de una república libre les llamaban *pipiolos*, palabra con que se designaba a las personas de modesta condición. Los pipiolos fueron más poderosos al principio, pero, después de siete años de desgracias y de desórdenes, los pelucones lograron triunfar.

Los pelucones estaban dirigidos por un grande hombre, don Diego Portales, comerciante de Valparaíso, que había sufrido graves perjuicios en sus intereses con las revueltas continuas, y que se

en Abril de 1830, consagró el triunfo de Portales y de los pelucones.

Los pelucones, después de su victoria, comenzaron por dictar una Constitución, esto es, un conjunto de reglas a las que debía sujetarse el gobierno del país.

Las monarquías absolutas no tienen constitución: en ellas la única regla es la voluntad del soberano, que puede gobernar en la forma que mejor le acomode. Pero hoy casi todos los países civilizados poseen una constitución, que divide las facultades del gobierno entre diferentes funcionarios.

Por regla general, en los países constitucionales el poder de hacer las leyes,

El Libro de la América Latina

esto es, las reglas generales a que debe someterse el gobierno, pertenece a un congreso, que es una reunión de ciudadanos elegidos por el pueblo, y consta de una o dos cámaras. Es lo que se llama el poder legislativo.

La ejecución de las leyes corresponde al jefe del estado, ya sea presidente o rey, y aun, en ciertos casos, éste debe gobernar asistido por un consejo de ministros elegidos por él, pero con el beneplácito del Congreso. Cuando esto último sucede, el sistema de gobierno se llama *parlamentario*.

Otros funcionarios, independientes de los anteriores, están encargados de decidir las cuestiones que se suscitan entre los ciudadanos particulares, y de castigar a los que cometen delitos o infringen las leyes. Estos funcionarios forman el poder judicial.

Por último, el cuidado inmediato de las ciudades y de los campos; el arreglo y aseo de las calles y caminos, el alumbrado de las poblaciones, etc., corresponde en casi todos los países a numerosas juntas, también elegidas por el pueblo, y que tiene cada una a su cargo un pequeño territorio en que ejerce esas funciones. Esto es el poder municipal.

Así dividido el gobierno, entre varias clases de funcionarios, es muy difícil que degeneren en tiranía. Aun más: en los países modernos, todos los principales funcionarios son elegidos directa o indirectamente por el pueblo, con excepción del rey en las monarquías, pero como el mismo rey debe gobernar por medio de ministros elegidos de acuerdo con el Congreso, en realidad, el pueblo, que es el que elige a este último, es en resumen el verdadero soberano.

La constitución que dieron a Chile los pelucones, respetaba muy poco esta división de poderes, porque casi todas las facultades se las daba al Presidente de la República. El poder judicial era elegido por el mismo Presidente, y, de hecho, también elegía al Congreso y a las Municipalidades, porque su poder era tan grande que los ciudadanos no gozaban de la libertad suficiente para

votar por otras personas que las que el Presidente indicaba.

Al proceder así, los pelucones tuvieron en cuenta que Chile estaba acostumbrado a un sistema parecido, y que el pueblo no tenía todavía bastante juicio e ilustración para dirigirse por sí mismo.

Pero ¿quién elegía al Presidente? Según la Constitución, debía elegirlo el pueblo, pero, en la práctica, era el mismo Presidente el que designaba a su sucesor, lo mismo que lo hacía con los miembros del Congreso y de las Municipalidades. Los presidentes duraban cinco años en su cargo, y podían ser reeligidos por otros cinco, pero no una tercera vez. Como se comprende, todos los presidentes se hacían reelegir; y así permanecían diez años en el poder. Esto duró por cuarenta años, hasta que se reformó la Constitución, en el sentido de que los presidentes no podían ser elegidos de nuevo.

Este sistema de gobierno establecido por los pelucones, se parecía muy poco a la República, pero fué en su tiempo muy conveniente para el país, porque los presidentes, como eran tan poderosos, pudieron impedir nuevas revoluciones, poner orden en el país e impulsar su progreso, sin ser molestados por los discolos y los ambiciosos.

Los demás países de la América del Sur tuvieron constituciones mucho más republicanas, pero como no estaban mejor preparados que el nuestro para aplicarlas, continuaron sufriendo las revoluciones y los caprichos de los militares, y fueron mucho más desgraciados con sus pretendidas libertades, que nosotros careciendo de ellas.

Portales se dedicó a consolidar el nuevo sistema, castigando con severidad a los que pretendían continuar haciendo revoluciones, y así logró someter al pueblo y a los militares a la obediencia. El servicio que con ello hizo Portales al país fué enorme, y sus conciudadanos han levantado en su recuerdo una estatua, frente al palacio de gobierno.